

IV. LA MEMORIA POLÍTICA

LA MEMORIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE UN "NUEVO" ESPACIO-TERRITORIO

Ana María Hernando Daniel Geisser
Universidad Nacional de Córdoba

La experiencia de la escritura, principalmente en las últimas décadas del siglo XX, es la experiencia del pensamiento de la diferencia y del pensamiento de la conciencia sin sujeto. En relación con la primera afirmación, podemos decir que, aproximadamente a partir de la década del 70 del siglo XX se producen verdaderos cambios políticos, sociales y culturales que, captados y repensados en los espacios públicos intelectuales, sobre todo en las universidades, se traducen en nuevas e innovadoras posiciones teóricas. Uno de esos cambios se manifestó en la difusión y promoción de la literatura de las minorías, reivindicando y rescatando la voz y el pensamiento de los márgenes y de las minorías raciales, étnicas, sexuales, genéricas, políticas y periféricas, en el marco de nuevas tendencias de la crítica para su interpretación.

En cuanto a la experiencia de la escritura desde el pensamiento de la conciencia sin sujeto, problema ya delineado por Nietzsche, las propuestas más revolucionarias fueron formuladas principalmente por Jacques Derrida, Gilles Deleuze y Félix Guattari. El primero, entre otras ideas, propone un nuevo y diferente concepto de escritura basado en la "deconstrucción". Esta, desde su perspectiva, no consiste en destruir o deshacer una oposición sino en desmontar la estructura conceptual que la sostiene. Así por ejemplo, la de un sistema (la lengua), de una disciplina (la lingüística), o de una secuencia histórica (el pensamiento occidental). Pero la deconstrucción puede también ser definida como una crítica a las oposiciones jerárquicas que han estructurado ese *canon* del pensamiento occidental desde su misma base metafísica: dentro/fuera, mente/cuerpo, naturaleza/cultura. Esto trae aparejada una inversión axiológica por la cual se reivindica el término tradicionalmente degradado en la oposición (cuerpo, naturaleza, escritura, mujer).

Por su parte, Deleuze y Guattari cuestionan los fundamentos del psicoanálisis freudiano e introducen distintas categorías relacionadas con la noción de "territorio", así como una manera diferente de lectura de los sistemas que se traduce en una novedosa cosmovisión del hombre, de la vida y del mundo. Esta mirada se concreta en la formulación de lo que ellos llaman un "pensamiento nómada", al que también podría denominarse "pensamiento rizomático", cercano al pensar oriental y contrapuesto a la figura metafórica del árbol-raíz, que desde el triunfo del racionalismo en Grecia ha venido dominando la cultura occidental.

Nos encontramos así con nuevas líneas de pensamiento que trascienden los límites de la razón analítica y contribuyen a formular una nueva racionalidad para el siglo XXI. En síntesis, estos pensadores elaboran teorías que se proponen desbordar, desde dentro, el discurso filosófico, antropológico, psicológico y literario; descentrarlo, deconstruirlo, introduciendo un pensamiento del juego, de las diferencias, privilegiando lo aleatorio, lo discontinuo, la diseminación y la expresión de las voces de los márgenes, la periferia y las minorías. Para decirlo en términos de Deleuze-Guattari, se trata de "desterritorializar" un "territorio" -en este caso el de la cultura de Occidente-, para luego "reterritorializarlo" en la construcción de otro "territorio", referido al anterior, aunque desde una perspectiva y con un sentido diferentes.

Para Deleuze-Guattari, el concepto de "territorio" define una "zona de significado socialmente asignado", materializada en un *constructo* discursivo, en un "espacio" o área determinada de la cultura, que encuentra su correspondencia con un contexto de mecanismos de poder, asumidos desde la "territorialidad patriarcal". De esta manera, el territorio no sería otra cosa que un espacio en el que, mediante múltiples y a veces contradictorios mecanismos, se manifiesta el deseo del "Amo", incluso a través del discurso consciente o inconsciente del "otro" dominado. El territorio como espacio puede ser visto así como un "lugar" en el cual, mediante la confrontación, la oposición y el cuestionamiento, se libra esa "guerra" que, al decir de Heráclito, está en el "origen de todo", y cuyo fundamento se encuentra en la necesidad de desorganizar, de desmontar un orden cristalizado en ese espacio-territorio. Un orden que es a la vez la realidad de ese mismo

espacio, que luego de su desterritorialización, dará a luz otras formas de organización, otros espacios, otros territorios, ya no como lugares cerrados, sino abiertos hacia la inauguración de nuevos movimientos.

Este retomo a una noción de espacio como "campo de batalla", como ámbito de conflictos, donde un discurso se enfrenta a otro discurso y un modelo de pensamiento es desmontado desde otros pensamientos, invierte radicalmente las concepciones idealistas del espacio. Al convertirse éste en un lugar de conflicto y contradicción, se hace cargo de la necesidad de repensarse a sí mismo, de pensar continuamente su propio mundo, su sistema, su validez, su espacialidad, no ya desde la mirada del orden constituido y aparentemente incuestionable -"espacio liso"- sino desde un constante fluir, donde la realidad no es más que movimiento, un "espacio rizomático", un "espacio estriado" en el que los sistemas se modifican constante y velozmente, espacio no dominado ni codificado por la racionalidad imperante, donde, como en el mar, cada ola avanza, retrocede y en apariencia cesa, para dar lugar a la siguiente, en un devenir perpetuo en el que nada nace ni finaliza.

De esta manera, Deleuze-Guattari retoman la mirada de Gregory Bateson, en lo que constituye un retorno a la filosofía de la Escuela Presocrática de Jonia y al pensamiento oriental -Taoísmo y Budismo Zen-, e introducen la imagen del rizoma como símbolo y representación de esta nueva forma de leer lo que llamamos "realidad", es decir, viéndola *como* una estructura desestructurada, blanda, móvil, flexible, sin comienzo ni fin, o, para decirlo con Heráclito, "acuática". Se trata de un movimiento constante y continuo, una especie de "nomadismo", un permanente fluir -el famoso *panta rhei* (todo fluye) de Heráclito- en el que el observador y lo observado terminan por ser fases de un solo acontecimiento que sucede o que ocurre por sí mismo, que se forma a sí mismo, completo y cumplido en cada uno y en todos los momentos de su desenvolvimiento, que echa por tierra toda visión mecanicista, y en el que se llega a un punto en el que ya no importa decir "yo" o no decirlo.

Sabemos que todo organismo vivo que se siente herido, lesionado, tiende a retraerse, a recogerse, a replegarse sobre sí mismo, en un movimiento que se podría caracterizar como

centrípeto que, al mismo tiempo que significa un retroceso, un replegarse, implica además, la absorción de aquellos elementos de la propia periferia del sistema que sean capaces de garantizar una renovación de su vitalidad. Es decir, intenta concentrar las fuerzas de que dispone, para luego iniciar un nuevo proceso de expansión, en un movimiento centrífugo, que junto a una apertura, lleva en sí la posibilidad de impregnar con esa nueva savia, con esa vitalidad renovada, todas y cada una de las ramificaciones del sistema.

Este proceso de crisis, concebido desde una perspectiva social donde las voces del centro permanecen temporalmente acalladas, implica también y, como consecuencia, la apertura de nuevos espacios en los que ahora pueden escucharse y destacarse otras voces, las de la periferia, las de los márgenes y las de las minorías. Hoy, el cuerpo central de este sistema herido, disminuido en su capacidad para hacerse cargo de lo que ocurre en sus zonas más lejanas, se concentra, se repliega, se despersonaliza, globalizándose, y en su búsqueda de sangre nueva que le permita recuperarse, está atrayendo hacia sí a esas voces, fuerzas, energías, distintas y procedentes de la periferia, generando un proceso que, para concretarse, necesita desarraigar, despersonalizar, desidentizar para luego apropiarse de esos elementos a los que ha quitado su propio espacio, su propio territorio.

A nivel mundial, esta fase de proceso es el que opera como detonante de los movimientos migratorios que se vienen produciendo desde los países periféricos hacia los centrales y, en escala menor, desde el interior de algunos países hacia las ciudades y regiones más ricas de cada país. Ambos procesos tienen como denominadores comunes, por un lado, la causa inmediata, que no es otra que la crisis del sistema mundial y la de cada país en particular y, por otro, las graves consecuencias que arroja para quienes son atraídos hacia el centro, expulsados de sus países, de sus pueblos, de sus regiones, en una suerte de generalizado destierro, de trasplante, que los lleva al anonimato, a la pérdida de identidad, a ese dejar de sentirse como pertenecientes a una tierra, a un país, a una cultura.

Frente a este movimiento que provoca la desterritorialización de los espacios propios de esas fuerzas e individuos, y para contrarrestar el extrañamiento, se hace imperiosa la recuperación de los propios espacios, o, mejor aún, la construcción de otros nuevos, es

decir, una reterritorialización en la que los individuos y los pueblos deben necesariamente apelar a sus propios elementos, a los que eran suyos, a sus orígenes, a sus raíces, a su historia, a ese capital simbólico que las sociedades preservan como matriz fundante de su identidad, o sea, para decirlo de una vez, a su "memoria".

De esta manera, la memoria asume un papel protagónico y se erige como valor emblemático de recuperación, preservación y defensa de la historia, tanto individual como colectiva. Y es así como, ante las diferentes realidades sociales, culturales, políticas, económicas, religiosas, existenciales y filosóficas que viven los diferentes pueblos del mundo, emerge un pensamiento y una literatura que intentan descifrarlas e interpretarlas, apelando a la memoria como sostén formal de las redes interdiscursivas.

Hablar de la memoria como "soporte formal", equivale a compararla con una estructura más o menos estable, en la que se inscriben los diferentes núcleos semánticos en posiciones que resultan reconocibles por los mecanismos de percepción y reflexión, que de esa manera pueden situar el carácter temporal de las vivencias. En el proceso cognitivo, la memoria aparece así como un entramado inerte situado en el centro de nuestras operaciones mentales. A esa red ingresan los productos del pensar que constituyen nuestro saber y que luego han de emerger transformados en sistemas personales o colectivos de creencias. Son precisamente esas creencias las que nos llevan al pasado a través de los recuerdos y nos proyectan hacia el futuro en nuestras expectativas. Sin embargo, los recuerdos acaban en el olvido y las expectativas en la incertidumbre, lo que nos sitúa en ese punto de perplejidad en donde se instala el pensamiento, cerrando el círculo e iniciando nuevamente el ciclo.

No resulta casual que las nueve Musas que presiden todas las formas del pensamiento, fueran hijas de *Mnemósyne*, la titánide que personificaba a la Memoria. Tampoco lo es, que el criado encargado de advertir a Aquiles que no debía matar a un hijo de Apolo, se llamara *Mnemón*, "el que hace recordar", nombre que etimológicamente abre el camino a la memoria artificial. Ese Arte de la Memoria, cultivado por poetas, retóricos y filósofos, ha de culminar en los "sistemas de memoria" de Giordano Bruno y Robert Fiudd, a fines del Renacimiento, tras insinuarse en el *Ad Herennium* y en los tratados de Retórica medievales,

donde ya se habla de los "lugares" de la memoria.

Al investigar este tema en *La Memoria de los Feudales*, el historiador medievalista Ruiz Domenec señala tres categorías diferenciadas de la memoria, que no son sino tres modos de percepción de la misma. Ellas son: re-memoración, remembranza y vivencia.

La memoria como rememoración, sería el proceso de construcción de la memoria colectiva que deviene en conciencia individual, "claramente definidas y definitorias de las condiciones sociales imperantes"¹. Este concepto significa, según Hegel, "la acción de recordar como un fenómeno de interiorización"². Se busca así la restitución del pasado como revitalizador de la vida del presente. El hombre que rememora realiza una doble operación de actualización: retornar al pasado que sueña o recuerda para encontrarse a sí mismo, y vivir el presente con la certeza de una esencia histórica, tal como la vivieron sus antepasados y que necesita reiterarla en su presente. La memoria aparece así como doble vínculo: como culto a los ancestros y también, a sus actos creadores.

La memoria como remembranza hace referencia a la dimensión poética del acto de recordar, actividad en la que la memoria está vinculada con la actividad poética. La poesía se convierte así en un manantial del pensamiento, donde los versos, en este caso de un señor feudal, se concilian en armonía con un mundo que procede del pasado, convirtiéndose ese esfuerzo en un acto de memoria.

Finalmente, la memoria, como vivencia, nos proporciona un equilibrio entre la ley moral del pasado y el ritmo histórico de su momento. De esta manera, la vivencia es un movimiento de la memoria que se remonta desde lo más recóndito a la conciencia del pasado, desde un espacio "lejano" (otro país, una prisión, un monasterio, entre otros) a todo aquello que "uno mismo ha vivido". La memoria se erige, de esta manera, como fundamentación de la conciencia que un hombre tiene de su yo desde el exterior de su sociedad. Así, la vivencia se constituye en el ejercicio de la memoria desde el exilio.

¹ RUIZ DOMENEC, J.E.: *La Memoria de los Feudales*. Barcelona, Argot, 1984, págs. 43-44.

² *Ibidem*, pág. 44.

En *La geneología de la moral*, Nietzsche decía que "en los hombres profundos todas las vivencias duran mucho tiempo" (Werke, 1977, 50). También en los individuos y en los pueblos que han sido desarraigados de su propio espacio, el sentimiento de extrañamiento, de expulsión -ya sea hacia el exilio o hacia un destierro interior- remueve los estratos más profundos de la conciencia y el ejercicio de la memoria aparece quizá como el único nexo con ese "territorio", esa tierra, de la que han sido despojados y se han visto obligados a abandonar.

La pérdida del propio territorio es algo equivalente, en su significación, a la caída de todo un universo personal, a la destrucción del mundo en el que se ha vivido. El desterrado debe así, para poder sobrevivir al extrañamiento, construir en otra tierra su nuevo y propio espacio, conjugando los elementos que ha llevado consigo, los que ha debido abandonar y los que dispone en el lugar en el que temporal o definitivamente ha de permanecer, sobreponiéndose ante todo, a la abrumadora sensación de la expulsión. La memoria actúa entonces como disparador significativo para iniciar el proceso que dará continuidad a su existencia.

En cada movimiento de ese proceso, la memoria, a través de sus diferentes modos de percepción - re-memoración, remembranza y vivencia -opera como sostén en el que ha de apoyarse la construcción de ese "nuevo" espacio que, necesariamente, ha de comenzar por la recuperación de la propia identidad individual o colectiva.

En definitiva, frente a la pérdida del espacio propio y ante esta realidad cada vez más virtual y ficticia en que vivimos, a la que nos arrojan las necesidades de un sistema en crisis, la memoria, como posible constructora de experiencias paradigmáticas que trascienden el yo individual, nos sirve para proponer y acceder a una dimensión significativa y simbólica. A través del ejercicio y la escritura de la memoria uno puede deconstruir-desterritorializar, pensamientos, imágenes, vivencias interiores y sociales, para luego reconstruir-reterritorializar los diferentes sistemas en un movimiento continuo, capaz de abrir "nuevos" espacios-territorios, en los que poco a poco se vayan ensamblando los

elementos y piezas dispersas que han de volver a conformar las distintas unidades identitarias de los individuos y de los pueblos.